

CAPITULO II.

(TIEMPOS FABULOSOS.)

Opiniones sobre los primitivos habitantes de América.—Génesis maya.—Creacion del primer hombre.—Los gigantes.—Los enanos.—Primeras inmigraciones.—Dificultades para aceptar la oriental—Probabilidades en favor de otras.—Imperio votanida.—Algunas de las tribus que lo habitaron, pudieron haber emigrado á la península.

El origen de los primitivos habitantes de América, está envuelto en las tinieblas del mas profundo misterio. Esta misma oscuridad ha dado márgen á un número inmenso de conjeturas, para cuyo estudio no bastaría la vida de un hombre. Escritores y filósofos de todas las naciones—pero especialmente españoles— han escrito volúmenes enteros sobre tan difícil materia, y no hay un pueblo del antiguo continente, al cual no se haya atribuido la paternidad de este hijo misterioso, encontrado en el hemisferio opuesto. Los hebreos, los caldeos, los asirios, los fenicios, los persas, los chinos, los egipcios, los cartagineses, los griegos, los romanos, y hasta los pueblos mas modernos de Europa, han sido alternativamente designados como los primogenitores de la raza americana.

Para probar todas estas teorías, se han registrado hasta los rincones mas ocultos de las bibliotecas, y se ha dado tortura á

libros y manuscritos de todo género, para hacerles decir cosas, que jamás tal vez imaginaron sus autores. Pero como á pesar de todas las pruebas, quedaba siempre la duda sobre el paso que debieron seguir para trasladarse de uno á otro continente, se creyó resolver la dificultad, imaginando istmos, estrechos, mares helados, conmociones de la naturaleza, navegantes extraviados de su rumbo; y como si esto no hubiese sido bastante, se sacó del fondo de las aguas, aquella famosa Atlántida, de que habló Platon en su Timeo. (1)

En los últimos tiempos han comenzado á ser relegadas al olvido todas estas investigaciones y han aparecido dos escuelas de distinto género: una que hace á los americanos autoctones de este continente, y otra, que sin preocuparse mucho de su origen, los cree una de las razas mas antiguas del globo, y hace al hemisferio occidental cuna de la civilizacion del mundo. (2) El abate Brasseur de Bourbourg es el apóstol mas ardiente de la segunda hipótesis, y puede decirse que en los últimos años de su brillante carrera literaria, casi no tuvo otro objeto que acumular datos para probarla. Como muchos de estos datos están tomados de los recuerdos y vestigios que Yucatan conserva de la mas remota antigüedad, se tropezará á cada instante con ellos en las páginas de nuestro libro.

Nosotros no nos detendremos á investigar el origen de los primeros pobladores de América, así porque solo escribimos la historia de una pequeña parte de esta region, como porque segun ha observado Humboldt (3), “la cuestion general sobre el “primitivo origen de los habitantes de un continente, excede “de los límites de la historia, y acaso aun de la filosofía.” Por lo que toca á la península, nuestro deber se limita á hacer cons-

(1) Puede verse un examen rápido, pero muy juicioso sobre todas estas teorías, en la Historia antigua de México por Clavijero, tomo II. Disertacion I.

(2) Manuscrito Troano, tomo I, § VII.

(3) Ensayo político de la N. España, tomo I.

tar que ella, tenía ya habitantes, según todas las apariencias (4), cuando se verificaron las primeras inmigraciones que la tradición recuerda. De dónde vinieron? No tenemos embarazo en confesar que lo ignoramos. Pero lo que el historiador no se atreve á examinar por falta de datos que tranquilicen su conciencia, la mitología se ha encargado de explicarlo.

Según el génesis maya, Dios tomó en sus manos una porción de tierra y otra de *zacate*, y de esta mezcla formó al primer hombre. De la tierra salieron la carne y los huesos, y del *zacate*, el pelo y todo el bello que cubre el cuerpo humano (5). Parece que esta creación se verificó en un lugar llamado *Hunanhil*, (6) y el abate Brasseur cree que se refiere á la del hombre prehistórico, anterior al cataclismo (7).

Después de la creación del primer hombre, viene esa vaga tradición encontrada en todos los pueblos del antiguo y nuevo continente, pero cuyos fundamentos y exámen no caben en el carácter de este libro. Hablamos de los gigantes. ¿Existió entre los mayas la noticia de que su país hubiese sido habitado alguna vez por la raza de los cíclopes ó de aquellos *quinamés*, encontrados por los olmecas en las riberas del Atoyac? Carecemos de datos para afirmarlo, aunque hay dos hechos que forzosamente llaman la atención del observador: este pueblo tenía

(4) Zamná es el primer inmigrante, cuyo nombre recuerdan las tradiciones mayas. Ya veremos más adelante que cuando éste entró á Yucatan, encontró ya habitada la península.

(5) Cogolludo, libro IV, capítulo VI.—En los primeros tiempos de la dominación española, los misioneros tenían empeño en buscar semejanzas entre la religión cristiana y la mitología maya. Con este objeto interrogaban sin cesar á los indios, y éstos que tenían empeño en agradecerlos por el apoyo que les prestaban contra los conquistadores, no tenían inconveniente en dar pábulo al afán de sus maestros, asegurando que existían estas analogías. No es nuestra la observación, sino de un sacerdote católico, el abate Brasseur. ¿La tradición del *Hunanhil* no pertenecerá al número de las complacencias de los neófitos?

(6) El P. Beltran, citado por Brasseur, en el Vocabulario del Manuscrito Troano, artículo *Hunanhil*. D. Juan Pío Pérez en su diccionario se limita á traducir esta palabra por *paraiso terrenal*.

(7) Vocabulario, artículo citado.

en su idioma la palabra *chac*, que significa gigante, (8) y reverenciaba en sus altares á un dios del mismo nombre (*Chac*) cuya imagen era gigantesca, y á quien se atribuía la invención de la agricultura (9). Pero lo que ningún indio ha osado afirmar nunca explícitamente, ha dado margen á dos historiadores europeos para hacer las más curiosas conjeturas. Cogolludo habla de unos huesos desenterrados en 1647 en un sepulcro de Bécál, y afirma que sus dimensiones eran tan extraordinarias, que forzosamente debieron pertenecer á algún gigante (10). Landa refiere otra exhumación semejante, y la altura de más de dos palmos que tenían los escalones en los templos de *T-hó* y de *Itzmal* le hizo concluir que aquellos edificios no debieron haber sido construidos ni usados por una raza tan pigmea, como la de nuestros días (11).

El misterio que rodea á las ruinas de que está sembrada la península se presta á suposiciones de tan distinta naturaleza, que no es de extrañarse que de su exámen bajo otro aspecto, el vulgo haya llegado á una consecuencia, precisamente contraria á la de Landa. Las puertas en algunos edificios son de una pequeñez insólita; y de esta circunstancia se ha llegado á deducir que estuvieron habitados por enanos (12). Todavía en 1842, Mr. Stephens encontró huellas de esta tradición en el interior del país (13), y la casa del *enano* en Uxmal y las consejas que la rodean, son cuando ménos una prueba de la antigüedad de esa creencia.

En pos de los gigantes viene ya la tradición ménos oscura, recogida por Lizama, y según la cual, Yucatan debe su pobla-

(8) D. Juan Pío Pérez, diccionario de la lengua maya, palabra *Chac*.

(9) Cogolludo, obra citada, libro IV, capítulo VIII.

(10) Obra citada, libro IV, capítulo III.

(11) Relación de las cosas de Yucatan, § 42.

(12) Los indios que refieren porción de fábulas sobre nuestras ruinas, dicen que estuvieron habitadas por *ppuses* [enanos ó más bien corcobados].

(13) Viaje á Yucatan, tomo II, capítulo XXI.

ción á dos inmigraciones: una muy considerable que vino del occidente y otra menor que llegó del rumbo opuesto. Todo el fundamento de esta tradición descansa en una conjetura que Lizama sacó de las voces *Cen-ial* y *Noh-en-ial*, con que se pretende que los antiguos mayas designaban respectivamente el Oriente y el Occidente (14). En opinión de este escritor, la primera palabra significa *pequeña bajada* y la segunda *bajada grande*, y de allí ha deducido que una tribu numerosa descendió del oeste al país, y otra del Oriente. La traducción de *Cen-ial* no cuenta con la autoridad de ninguno de los diccionarios que tenemos á la vista, pues no hay uno solo que dé al monosílabo *cen* la significación de pequeño. ¿Pertenece á la lengua maya antigua, perdida ya en opinión de muchos, y que solo hablaban los príncipes y los sacerdotes?

La inmigración oriental, que solo pudo haber venido de las Antillas ó del antiguo continente, carece en nuestro concepto de verosimilitud. Las tribus incultas y pusilánimes que habitaban aquellas islas en el siglo XV, no tienen ningún punto de consanguinidad con los valerosos y civilizados mayas de la misma época. La filología, que es uno de los auxiliares más poderosos de la historia, se revelaría también contra esa comunidad de origen. La lengua maya es completamente distinta de todas las que se hablaban en las Antillas. El lector, á quien suponemos poco más ó menos conocedor del primer idioma, no tendría necesidad de ocurrir á los vocabularios haitiano y cubano, de que se han publicado algunos fragmentos, para persuadirse de esta verdad. Le bastaría recordar que casi todas las producciones de América son conocidas en el español con el nombre que tenían en las islas en la época del descubrimiento, y comparar estos nombres con las palabras que en maya tienen

(14) Lizama, Historia de Nuestra Señora de Izamal, § III del extracto de esta obra, publicado por el abate Brasseur, en su *Colección ya citada*.

la misma significación (15).—A pesar de todas estas observaciones, que no nos parecen destituidas de fundamento, no ha faltado quien crea que “la isla Española ó Haití, lo mismo que Cuba, estuvieron antiguamente habitadas por naciones análogas á las de Yucatan” (16).

Ménos probable nos parece que la inmigración oriental hubiese venido del antiguo continente. Landa la acepta sin embargo, y supone que se compuso de judíos, á quienes Dios abrió doce caminos por en medio de las aguas (17). Lizama se declara partidario de los cartagineses, á quienes trae á la península, haciendo escala en Santo Domingo y Cuba (18.) Se ha dicho para fundar estas opiniones, que en las montañas de la última isla, en el interior de la primera, y aun en Jamaica, se han encontrado restos de construcciones cyclopeas y rocas esculpidas, en las cuales se han creído reconocer caracteres del mismo género que los del alfabeto hebreo (19).

Si la inmigración oriental parece imposible por las razones que acabamos de exponer, no sucede lo mismo con la occidental y con otra que, en opinión de Landa, pudo haber venido del mediodía. Unida la península al continente por el oeste y por el sur, es muy verosímil que las tribus que en diversas épocas habitaron las provincias de México y de Guatemala, hubiesen franqueado algunas veces sus límites para introducirse en la nuestra. Pero inútil sería buscar en los mutilados restos de nuestra historia los nombres de estas tribus, las causas de

(15) Confróntense por ejemplo MAIZ con *ixim*, ANONA con *op*, TABACO con *kutz*; y en otro orden de ideas CACIQUE con *batab* ó *halach uinic* etc. Las palabras escritas con mayúsculas pertenecen con ligeras variaciones ortográficas al idioma de Haití ó Cuba, y las escritas con bastardilla al maya.

(16) Brasseur de Bourbourg, *Relacion de las cosas de Yucatan*, página 356.

(17) *Relacion citada*, § V.

(18) *Extracto citado*, § V.

(19) *Relacion citada*, página 356, nota 1a.—El abate no se atreve á cargar con la responsabilidad de esta noticia y se refiere á los que dicen haber visto las *esculturas citadas en el texto*.

su inmigración y la época en que la verificaron. Un celo indiscreto —ménos religioso tal vez que político— condenó á las llamas, en los primeros dias de la dominacion española, los documentos en que los mayas consignaban sus anales (20); y el historiador que se vé obligado á arrancar sus secretos á esta época remota, tiene que andar á tientas para no hundirse en el caos que se extiende ante sus ojos.

Salgamos un instante de la península yucateca, hagamos una ligera incursión á los países vecinos, y allí tal vez encontraremos un débil destello que nos alumbre. En una época que no es posible fijar, pero anterior indudablemente á la era cristiana, existió en la América central un imperio teocrático, al cual dieron sus enemigos el nombre de *Xibalbá*. Debía ser una nacion poderosa y civilizada, como lo muestran las notables ruinas esparcidas en aquel territorio, y especialmente la del *Palenque*, cuya ciudad, en opinion del abate Brasseur (21) pudo haber sido su capital. Nada se sabe de *Xibalbá*, sino es que sostuvo luchas sangrientas con las tribus de raza *nahuatl*, que descendiendo del Pánuco á lo largo del golfo de México, se establecieron en *Xicalanco*, á las inmediaciones de la actual isla del *Cármen*.

Se ignora el tiempo en que los *nahoas* ó *nahuats* verificaron esta irrupción y el motivo que los impulsó á entrar en lucha con los *xibalbaides*. Parece sin embargo, que la religion de *Quetzalcoatl* y la reforma del calendario, que trajeron consigo los inmigrantes, dió origen ó sirvió de pretesto á la contienda. Los *xibalbaides* tenían un culto que participaba algo del sabeismo y aborrecían los sacrificios humanos. Los *nahoas*, al contrario, profesaban una religion, plagada de sombríos misterios, y fundada en la personificación de los elementos y en los fenómenos

(20) El obispo Landa, ese mismo escritor á quien tantas veces hemos citado y citaremos en adelante, fué el destructor de estos documentos en una especie de auto de fé que celebró en Maní en los tiempos inmediatos á la conquista. En la segunda parte de nuestra obra, trataremos con mas extension de este incidente.

(21) Archivos de la comision científica de México, tomo I, página 97.

de la naturaleza. La guerra tuvo un resultado desastroso para los *Xibalbaides*, los cuales viéndose obligados á emigrar, se refugiaron á los países vecinos, y algunas tribus se remontaron hasta el Darien y el Perú. Los *Nahoas*, dueños del campo que le abandonaron sus antagonistas, fundaron en el valle de Ococingo la ciudad de *Tulhá* ó *Tula*, de donde les vino el nombre de *Toltecas*. Pocos siglos gozaron de su triunfo, porque vencidos á su turno por otras razas, se vieron tambien en la necesidad de emigrar. Algunas de sus fracciones se dirigieron á la region oriental, que solo puede ser Yucatan, mientras que el mayor número franqueó la cadena de las cordilleras de Guatemala, se escalonó en el litoral del pacífico, y desde allí se dividió para repartirse por otras comarcas. (22).

¿Hay en nuestra península algun recuerdo, alguna huella de la irrupción de estos dos pueblos rivales? Segun Brasseur de Bourbourg, el libro sagrado de los *quichés*, llama *Ah-Tza*, *Ah Tucur* á los Jefes de los *Xibalbaides*, que se refugiaron hácia el Oriente despues de su derrota (23). Los *Itzdes*, que dieron su nombre á *Chichen* y que tal vez fundaron á *Itzmal*, ¿serían de la tribu de los *Ah Tzaes*, como parece indicarlo la identidad del nombre? El sabio abate se inclina á resolver afirmativamente esta cuestion.—En cuanto á los *nahoas* ó *toltecas*, es probable que no una sola vez, sino varias, hubiesen invadido la península, como veremos mas tarde, cuando hablemos de los *Tutul Xius*. La raza *maya*, que profesaba el culto de *Kukulcan*, divinidad muy semejante al *Quetzalcoatl* tolteca: ¿no será la tribu que descienda de los *nahoas*?

El capítulo siguiente, destinado á hablar de las razas que sucesivamente invadieron á Yucatan, dará alguna luz para resolver estas cuestiones.

(22) Esta no es mas que una relacion abreviada de la que traen varios historiadores de América. Consúltese especialmente al abate Brasseur en los *Archivos de la comision científica de México*, tomo I.

(23) *Relacion de las cosas de Yucatan*, página 35, nota 3.